

RESEÑAS

Solange Alberro, *El águila y la cruz. Orígenes religiosos de la conciencia criolla. México, siglos XVI-XVII*, México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 1999, 192 p., ils.

Después de haber publicado en 1992 el libro *Del gachupín al criollo. O de cómo los españoles dejaron de serlo* (México, El Colegio de México), Solange Alberro ha sacado a la luz otra obra en la que nos muestra que sigue trillando en los terrenos de la historia de las mentalidades o de las ideas en la era colonial. Lejos de haber puesto fin a la interpretación de diversos temas antes tratados, puede decirse que el punto de partida del primer trabajo debe considerarse el mismo que animó a la autora a escribir *El águila y la cruz*, es decir, rastrear el surgimiento y el desarrollo de la identidad criolla, lo que muestra el gran alcance de este tipo de análisis. Es este un escrito que ofrece en cuatro grandes apartados un enfoque novedoso de los procesos simbólicos y su repercusión en la configuración mental de los novohispanos. Además, la bibliografía comentada que se brinda al final es un conjunto interesante y revelador en sí mismo.

La toma de conciencia y afirmación del grupo criollo, que empieza a manifestarse desde el siglo XVI, tiene específicamente en la centuria siguiente un dinamismo que se proyecta en múltiples manifestaciones de la cultura y de la sociedad de esa época. Uno de los objetivos primordiales, asentados desde la introducción, es descubrir la importancia que tuvo el factor religioso, que permeó hacia los diferentes estamentos de la sociedad desde las altas esferas de la organización eclesiástica. Aquí se analizan las estrategias, tácticas o recursos —se habla también de “negociaciones” — de los que se valieron estas elites, lo que incidió en la formación de los primeros ecos de la conciencia criolla en el México colonial (p. 15). De esta esfera se desprenden, pues, los primeros destellos de una identidad propia en la Nueva España. En este libro, la autora se aproxima, precisamente, a los procesos donde hubo “préstamos e intercambios cul-

turales” que quedaron abiertamente evidenciados en la actual cultura mestiza.

Una vez perfiladas las metas, Solange Alberro emprende el estudio a partir de una novedosa forma de hacer historia, que añade al *qué* del suceso, la explicación del *cómo* fue que se alcanzaron ciertas metas claramente establecidas por los actores o artífices de dichos sucesos. En otras palabras, el libro no presenta una sucesión lineal y meramente narrativa de ocurrencias; analiza, en cambio, “realidades subsumidas”, muchas de ellas sólo manifiestas en los imaginarios colectivos, lo cual se aprecia mucho en esta disciplina, pues abre nuevas pautas metodológicas para el estudio de espacios generacionales muy amplios, tiempos de larga duración, comprensión de fenómenos ideológicos, cambios de mentalidades, fusiones culturales, etcétera. El historiador frecuentemente se topa con espacios vacuos en lo tocante al siglo XVII y agradece interpretaciones que contemplen, expliquen e interpreten diversas situaciones en esta época tan poco trabajada.

En este estudio se deja muy en claro que entender la historia novohispana es el primer paso para comprender el proceso de la formación de la identidad actual. Da la impresión de que *El águila y la cruz* es un ensayo propositivo que no sólo pone sobre la mesa de discusión asuntos trascendentes, sino que incita a la discusión de temas que continuamente causan polémica y que aquí la autora trata con gran sentido crítico, revelando lo que “se esconde” en los textos, documentos e incluso frescos, cuadros, grabados, tallas, esculturas y otras manifestaciones plásticas que son atributos y símbolos de aquel tiempo. Así, el sincretismo, el mestizaje, la operación de sustitución de cultos y otros puntos, “que siguen siendo cuestionados por los investigadores”, son expuestos con profundo conocimiento y sensibilidad histórica.

Los sobrenaturales cristianos —dice la autora— vinieron a sustituir a los prehispánicos gracias a una compleja red de similitudes, oposiciones, complementariedades o correspondencias estructurales, funcionales o simbólicas entre unos y otros (p. 39).

Solange Alberro señala en estas páginas el carácter fuertemente identitario del culto católico. Primero por la ruta misionera, luego, firmemente, a través de la Contrarreforma, representada por el clero secular y por los jesuitas, se cumplió con la meta primordial de desterrar el paganismo (p. 36). Empero, ella no soslaya que,

a la vez, también se rehabilitó parte de la herencia indígena dentro de un marco occidental barroco y cristiano (p. 13). Muestra ejemplos contundentes para identificar las operaciones de sustitución entre sobrenaturales prehispánicos y cristianos, lo que rebasa las posiciones de quienes insinúan que no hubo tal sincretismo, sino que se trató de una férrea imposición de valores europeos.

La autora sostiene que hubo permanencia y recuperación de algunos símbolos prehispánicos, aunque el diálogo real entre indígenas y misioneros terminó por darse dentro del “universo de las representaciones occidentales” (p. 44), toda vez que fue modificada en su forma y contenido la cosmovisión indígena. Aquí se demuestra que los procesos sincréticos existieron y coadyuvaron a la recuperación y reintegración de símbolos propios. Algunos elementos del mundo indígena, como el nopal o noxtli, fueron previamente pasados por la criba ideológica del cristianismo y, una vez depurados, sirvieron para poner los cimientos de una cultura mixta (p. 73). En un apartado titulado “Recuperación y continuidad”, Alberro analiza el conjunto águila-nopal, en el que se incluyó posteriormente a la serpiente, que la autora considera un caso de sincretismo. En él, los símbolos indígenas están presentes como formas fuertemente identitarias. Este es tan sólo uno de tantos ejemplos iconológicos recuperados por los sectores eclesiásticos para forjar con ellos sistemas de representación dotados de un singular dinamismo para comunicar mensajes específicos, coincidentes con las aspiraciones de la sociedad colonial. *El águila y la cruz* da evidencia de este proceso que se caracteriza por la unión de elementos del paganismo antiguo y de la nueva fe traída por los españoles, destacándose la importancia de los citados rasgos de permanencia en estas líneas. Solange Alberro analiza también el impulso que se dio en la época al culto a los santos locales, pero sobre todo, a la devoción a las diversas advocaciones marianas, particularmente haciendo gala de erudición para el caso de la dualidad Remedios-Guadalupe, que ya había ocupado previamente su atención¹ y que consagra a las últimas páginas de este tratado. También da un lugar primordial a las fiestas y mitotes, al “mosaico sutil de representaciones y percepciones” que fungieron como importantes catalizadores.

¹ Solange Alberro, “Remedios y Guadalupe: la unión de la discordia”, en Manuel Ramos y Clara García (comps.), *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, México, CONDUMEX-INAH-UIA, 1997, p. 315-329.

La autora reconstruye la historia ideológica sobre los fundamentos de la larga duración, sin olvidar el andamio imprescindible de las circunstancias históricas que le acompañan o anteceden a los despliegues de la conciencia. Este es el contexto en el que se da gradualmente la recuperación de elementos de la cultura indígena y su continuidad en el marco cristiano. Esto responde también al proceso de secularización ya plenamente visible a finales del siglo XVI con la llegada de los jesuitas y las pugnas entre los diversos sectores eclesiásticos por el dominio del escenario social e ideológico.

Por lo anterior, Alberro consagra un capítulo a la aportación jesuita en la difusión o promoción de esos símbolos. Afirma que con ellos “fue mucho más lejos la recuperación, rehabilitación y valorización sistemática de las manifestaciones y atributos indígenas” (p. 87). El papel de los activos miembros de la Compañía fue articular e integrar las representaciones antiguas directamente con las del cristianismo y formular las correspondencias simbólicas respectivas (p. 94). Para la autora, la sociedad colonial novohispana fincó sus aspiraciones en el mundo de las imágenes, remitiendo a las exigencias e intereses de la Iglesia católica de la Contrarreforma, de la que los hijos de Loyola fueron los más fervientes promotores. De esta forma, los jesuitas integraron el reino, con todos sus elementos étnicos y culturales, en un amplio proyecto ecuménico.

El cuarto apartado revela finalmente la síntesis histórica de todo el proceso que Solange Alberro nos ha ofrecido desde el principio en su brillante trabajo cuando analiza ese otro complejo simbólico de inusitados alcances: el culto a la virgen María, sobre todo, en sus advocaciones de Remedios y Guadalupe, que son para ella la matriz original y principal del proceso identitario de los criollos novohispanos (p. 131). Es conveniente observar que esta dualidad se ha convertido en un tema en el que recientemente han mostrado interés notables investigadores de la era colonial.²

Solange Alberro aporta una utilísima cronología comentada en torno al desarrollo de dichos cultos que denotan en seguida el carácter paralelo de su evolución hasta su divergencia con la entronización de Guadalupe como símbolo primordial de la “nación” mexicana, sobre todo y con mayor énfasis, después de la publica-

² Entre otros están los notables aportes de William Taylor, *Our Lady of Guadalupe and Friends. The Virgin Mary in Colonial Mexico City*. Berkeley, University of California, 1999.

ción de la obra de Miguel Sánchez sobre la imagen de Guadalupe en 1648. La autora se remonta a los orígenes de los cultos de ambas advocaciones y explica cómo se relacionó a la madre de Dios del cristianismo con el águila, en alusión al pasado prehispánico, por un lado, y al tema del Apocalipsis bíblico, por el otro, sin olvidar también la predilección de los Austrias por representar el águila bicéfala en sus emblemas del siglo XVII. Es el de Remedios-Guadalupe, en suma, el ejemplo quizá más contundente para la autora de la integración de símbolos prehispánicos y cristianos así como del intenso afán criollo por forjarse una identidad distintiva a través de estos elementos.

Una vez visto el perfil del libro en su conjunto, puede concluirse que *El águila y la cruz* de Solange Alberro abre un amplio abanico de alternativas de análisis histórico de la era colonial por su afán propositivo, que incita a la reflexión y a la ulterior discusión. En general, la obra teje una historia que descubre la complejidad, heterogeneidad y singularidad de la sociedad novohispana y de las estructuras que conformaron una particular visión del mundo y de la vida. Muestra, en suma, que a veces la historia se revela, mas que en los fríos recuentos de la economía o en las bien articuladas premisas de la política, mas que en el engranaje de la sucesión de hechos en una precisa cronología, a través del sentir y del pensar de las diferentes generaciones que vivieron cada época, su propia época.

Alicia MAYER

Domingo Elizondo, *Noticia de la expedición militar contra los rebeldes seris y pimas del Cerro Prieto, Sonora, 1767-1771*, edición, introducción, notas y apéndices de José Luis Mirafuentes y Pilar Máynez, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1999, 112+LXVIII p., ils., mapas. (Serie Historia Novohispana 63)

A lo largo del siglo XVI la corona española dedicó grandes recursos e importantes esfuerzos a la consolidación del régimen colonial, para recoger en las siguientes centurias los frutos de sus conquistas en América, y aunque este proceso pudo llevarse a cabo con relativo éxito en territorio mesoamericano, no aconteció así en el agreste y extenso territorio norte de la Nueva España.